

IRLANDA DEL SUR

Fergus descendió del avión con lentitud. Nunca había entendido a la gente que se incorporaba de sus asientos nada más tomar tierra. Salir antes del avión solamente garantizaba más tiempo de espera a la hora de recoger las maletas.

Arrastró sus pies a través de los estrechos pasillos del aeropuerto de Santander y se situó frente a la cinta transportadora donde debía retirar su único equipaje, Frank, un cachorro negro mezcla de mil razas, que había recogido unos años atrás de una muerte segura en la carretera que llevaba al puerto.

Estuvo valorando durante las dos semanas previas al viaje la conveniencia de llevarlo consigo. Había decidido dar un cambio total en su vida, dejar atrás la ciudad de su infancia hacia un lugar donde nadie le conociera, donde pudiera empezar a labrarse un nuevo futuro lejos de los fantasmas que le atormentaban desde que era un niño, y no entraba en sus planes acarrear con ningún recuerdo del pasado, pero Frank no tenía culpa de nada. Al fin y al cabo no era más que un despojo como él, con la suerte o la desgracia de tener dos patas más y ver la vida desde unos centímetros más abajo. No era justo que su perro no tuviera también una segunda oportunidad.

Tras reunirse con Frank, se encaminaron a una de las múltiples oficinas de alquiler de coches con las que contaba el aeropuerto y retiraron uno de los modelos más pequeños y económicos. Frank accedió alegre a la parte posterior del vehículo mientras Fergus trataba de adaptarse a la nueva disposición de los mandos y de la palanca de cambios. Observó con atención el mapa de carreteras que le habían facilitado junto con el coche y encendió el motor.

No era la primera vez que Fergus salía de Irlanda, pero sí era la primera vez en que lo hacía pensando en no regresar. La larga enfermedad que había terminado con la vida de su madre, y la repentina muerte de su padre, le habían privado de los únicos vínculos familiares que aún conservaba. Seguía pensando que no había absolutamente nada en el mundo que no pudiera encontrar en su isla, pero los recuerdos estaban tan arraigados a esa tierra que le era completamente imposible evolucionar sin hacerse daño. Sintió que perder a quienes más quería le obligaba a su vez a abandonar lo que más quería.

Inició la marcha y salió decididamente del aeropuerto. Tomó la primera incorporación a la carretera nacional que se encontró y continuó circulando en paralelo a la línea que marcaba la costa.

Condujo durante algo más de dos horas sin perder la referencia del mar. Pensó que su vida, como la de cualquier otro isleño, siempre había estado ligada al agua y decidió no perder esta referencia que le hacía sentir seguro, por lo que no tomó ninguna de las salidas de la autopista hasta que comenzó a anochecer y tuvo la necesidad de buscar alojamiento.

Fergus estaba convencido de que había acertado de pleno. Desconocía el nombre de la población en la que se encontraba, pero le gustó que el hotel en el que se instaló se tratara de un lugar tranquilo y con vistas al mar sobre el acantilado. Además, el hecho de que contará con un bar en la terraza de la puerta principal, le ofrecía un lugar idóneo desde el que poder observar los pequeños barcos de pescadores que a esa hora abandonaban el puerto para comenzar su jornada de trabajo. Decidió desterrar de su mente cualquier interés en descubrir la localidad, y decidió ver el discurrir del tiempo durante las escasas horas que restaban de día. Frank apoyó la decisión moviendo enérgicamente el rabo y restregando su cuerpo contra las piernas de Fergus.

Mientras el camarero tomaba nota de los pedidos de las mesas cercanas, Fergus fue consciente del gran problema que se le presentaba. No era realmente importante no ser capaz de saludar en un idioma, pero sí lo era el hecho de desconocer la palabra “cerveza”, por lo que cuando le llegó la hora de pedir la bebida, no pudo más que sonreír y señalar con el dedo una de las múltiples botellas de vidrio verde que consumían los clientes de las mesas vecinas.

No podía imaginar el contenido de aquellas botellas, pero algo le hacía indicar que le gustaría. El olor que impregnaba el ambiente, ácido y dulce a la vez, había captado su atención desde el mismo momento en que bajo del coche, pero sin duda había sido la extraña forma en la que el camarero iba rellenando los vasos lo que más le había intrigado. Aquello no era cerveza, estaba claro, no podía asegurar a ciencia cierta de qué se trataba, pero el ritual que llevaba implícito aquella extraña bebida era tan sumamente atractivo que denotaba un simbolismo y una cultura especial.

Sumido en estos pensamientos apareció de nuevo el camarero. Separó ligeramente las piernas y tomó la botella con su mano derecha. Alzó el brazo, enhiesto hacia el infinito, e inclinó ligeramente el cuello de la botella dejándola brotar como un manantial de caudal uniforme, directamente sobre el borde del vaso, sujetado sutilmente entre los dedos índice, pulgar y corazón.

Una vez el camarero hubo finalizado lo que a Fergus se le antojó como un extraño ritual, le ofreció amablemente el vaso ancho mientras depositaba la botella encima de la mesa. El irlandés centró toda su atención en el color amarillento y pajizo del contenido, ligeramente más claro que el de la cerveza, aunque bastante más luminoso. Lo acercó suavemente a su boca y, al igual que había visto hacer al resto de los clientes del local, ingirió todo el contenido de un único trago.

El camarero sonrió mientras Fergus degustaba la bebida como aquel que observa a un niño pequeño dar sus primeros pasos. Frank, desde el suelo, lamió los escasos restos que su dueño arrojó deliberadamente al suelo tras beber, otra vez por imitación de los demás clientes.

Fergus levantó la vista, sonriente, y miró sorprendido al camarero mientras preguntó tratando de aclarar al máximo su terrible acento dublinés:

- “¿Cider?”
- “Yes, Sidra. Esto es la Comarca de la Sidra” – respondió el camarero, hablando muy alto y despacio, mientras regresaba al interior del local.

Fergus miró fijamente al horizonte en el mismo instante en que comenzaba a llover. Pensó que más allá de esa línea infinita marcada por el cielo y el mar se encontraba la costa del sur de su isla, donde familias enteras de irlandeses disfrutaban de sus vacaciones paseando por aquellas largas playas de arena blanca. Recordó el último verano que había pasado allí con sus padres, bebiendo grandes cantidades de sidra de Tipperary mezclada con hielo.

Ahora se encontraba a cientos de kilómetros de distancia, mirando al mismo punto en el mismo mar desde un lugar diametralmente opuesto. Sintió caer la misma lluvia que le había acompañado durante toda su vida, suave pero continua, esa que es capaz de calarte los huesos, con dulzura, sin apenas darte cuenta.

Miró a su alrededor y observó el efecto de esa lluvia sobre los prados y campos que descansaban por encima del acantilado. El agua que regaba esas tierras había dado como fruto un sinfín de tonalidades de verdes diferentes que descendían desde las montañas cercanas directamente hasta la costa.

Acarició suavemente el lomo de Frank, que ocultándose de la lluvia en la parte inferior de la silla anhelaba otra ración de aquel manjar hasta ahora desconocido, cuando apareció nuevamente el camarero levantando la botella de sidra para servir una nueva ración.

Fergus observó como algunas gotas de sidra se mezclaron con las de la lluvia. Miró fijamente a Frank, tumbado a su pies, y tuvo la extraña y ajena sensación de sentirse como en casa a cientos de kilómetros al sur de Irlanda.

Autor: Cesar García Macarrón

Olias del Rey - Toledo